

Miguel David Hernández Paz, Licenciado en Historia, ha obtenido el Diploma de Estudios Avanzados (DEA) en Historia y en Ciencias de la Información con las investigaciones (publicaciones monográficas) *Andrés Orihuela Moreno y El Sol de Jesús del Monte. La novela histórica antiesclavista de un canario en la Cuba del XIX* (2007) y *Leoncio Rodríguez* (2008). Asimismo, es autor de comunicaciones de corte interdisciplinar -“Puertos Francos y REF: ¿inmutabilidad esencial en los intereses del modelo librecambista canario?”- y meta-histórico -“Historia y literatura: ¿realidad y ficción? A propósito del II Centenario de la Junta Suprema de Canarias”. Recientemente, ha culminado la I Maestría en *Museología y Gestión Cultural* por la Universidad de La Laguna. En el presente año, leerá su Tesis Doctoral: *Luis Rodríguez Figueroa y la revista Castalia, el gran intento modernista de la Historia literario/periodística canaria*.





Luis Rodríguez Figueroa y la revista *Castalia* (1917), *Hijos del Limo*

Resumen

El Modernismo, más allá de ser un movimiento cultural localizado entre los años 1880 y 1920, aglutinó las energías positivas del tiempo en torno a la posibilidad de una sociedad organizada por criterios de racionalidad. Es decir, no sólo el Arte define la experiencia modernista (como habitualmente se trata), sino que atañe a una temprana madurez de las ideas propias de la Era de la Razón, con la significación global que dicho concepto tiene para el conjunto de la Humanidad.

Luis Rodríguez Figueroa y su revista *Castalia* son figuras fundamentales del Modernismo canario, que pretendió definir las bases económicas, políticas y culturales de la sociedad isleña para el siglo XX. El estudio del proceso, a la luz de los desarrollos posteriores (incluido el asesinato del protagonista en 1936...), forma parte de mi inminente Tesis Doctoral, que tiene el objetivo de calibrar la naturaleza de la Modernidad experimentada en el País.

Palabras clave: Historia, Modernidad, Razón, Tradición, Dislocación.

Luis Rodríguez Figueroa and the Magazine *Castalia* (1917), *Children of the Slime*

Abstract

At the end of the XIXth, the human knowledge was ready for the great attempt of Modernity or the possibility of a society organised by criteria of rationality. Beyond being the artistic expression, Modernism must be understood as the ideological/cultural synthesis of the time. It is the concept for the *avant-garde* thinking after a long time characterized by the Divinity Law of the *Ancient Regime's* social organization. Canary Modernism is very important to understand the nature of Modernity experienced in the Islands on the long run: Historic transition to liberal age is not (the *New Regime*) a so cleared process in the Canaries. Luis Rodríguez Figueroa (murdered at the starting of Spanish Civil War) and his review *Castalia* (1917) are the main expression of the Great Attempt of Modernity and the corpus of my imminent Doctoral Thesis.

Keywords: History, Modernity, Reason, Tradition, Disjuncture.

Luis Rodríguez Figueroa et la Revue *Castalia* (1917), *Enfants de la Boue*

Résumé

Le Modernisme, au delà du mouvement culturel localisé entre les années 1880 et 1920, a agglutiné les énergies positives du temps autour de la possibilité d'une société organisée selon les critères de rationalité. C'est à dire que l'art ne définit pas seulement l'expérience moderniste (comme c'est l'habitude) mais qu'il ajoute à une maturité précoce des idées propres de l'Ere de la Raison, avec la signification globale que ce concept a pour l'ensemble de l'Humanité.

Luis Rodríguez Figueroa et sa revue *Castalia* sont des figures fondamentales du modernisme canarien qui a prétendu définir les bases économiques, politiques et culturelles de la société de l'île pour le XX^{ème} siècle. L'étude du processus, à la vue des évènements postérieurs (l'assassinat du protagoniste, en 1936, inclus...), font partie de mon imminente Thèse Doctorale, qui a pour but de calibrer la nature de la Modernité expérimentée dans le Pays.

Mots clés: Histoire, Modernisme, Raison, Tradition, Démembrement.

LUIS RODRÍGUEZ FIGUEROA Y LA REVISTA *CASTALIA* (1917), *HIJOS DEL LIMO*

Miguel David Hernández Paz
Licenciado y doctorando en Ciencias de la Información
por la Universidad de La Laguna

Tradiciones, Innovaciones y Dislocaciones: una teoría de la Modernidad

El estatus cognitivo de las Ciencias Sociales sigue avanzando hacia la relatividad de lo relacionado con la humanidad. La verdad no existe, y ello resta importancia a los temas, porque nadie sabe realmente nada. Todo son construcciones psicológicas, de dudoso sentido en el actual tiempo dislocado, que ha desbaratado la esperanza en la humanidad; la fe motora de la moderna Era de la Razón. El bagaje académico acumulado tampoco parece a salvo, según anuncian las tendencias de reorientación en las políticas europeas de educación.

La conclusión es una humanidad *depredadora* de sí misma, debilitada para diseñar un acuerdo colectivo por la convivencia. Pero de algo habrá que hablar, y he elegido hablar de esperanza, porque es el negocio de quienes se dedican al conocimiento; tarea que se mueve en la vertiente constructiva de la naturaleza humana, en tanto persigue –de fondo– acuerdos y líneas sostenibles de actuación. Y, por muy relativista que se quiera ser, *acuerdo* es un término de connotaciones positivas. Máxime, considerando la predeterminada imposibilidad de vivir en soledad: hace mucho que se dice que el humano es un ser social; cabría preguntar si ésta sí que es una verdad indiscutible. Nadie se atreve a alzar la voz en contra. Pues entonces tendrá que admitirse que las Ciencias Sociales también tienen un negocio de interés general (que cumple un servicio) y, como se hace con los negocios, habrá que protegerlo.

El signo de los tiempos marca una sentida fragmentación de las ideas que coadyuvieron en los últimos siglos al colectivo proyecto humano. Se hace necesario, por tanto, ofrecer una nueva combinación de elementos (modernista) que renueve la esperanza en la humanidad. No será de total satisfacción, pero sería pretencioso pensar que la dinámica de formular preguntas y buscar respuestas vaya a parar en alguna ocasión: tan originales no son los tiempos presentes.

La presente comunicación forma parte de la Tesis que –en breve– opte a la culminación de mi Doctorado, que supone una explicación histórica (científica-social) al proceso de variación cultural del concepto de realidad vigente en una sociedad (su tradición), mediante el contacto entre agentes y agencias (tendencias más específicamente colectivas) externos e internos de la misma. A partir del proceso histórico de la revista *Castalia*, Luis Rodríguez Figueroa y el Modernismo, se plantea definir indicadores eficaces que ayuden a calibrar la trascendencia en el presente de la experiencia modernista isleña, y así (con todas las precauciones y limitaciones declaradas de la ciencia histórica) pasar a enunciar una teoría histórica (científica-social) de la Modernidad, desde aquel relevante período de la Historia literario/periodística de las Islas Canarias: el gran intento modernista.

La Modernidad, ¿una tradición como otra cualquiera?

La Modernidad se caracteriza históricamente como una llamada a la definición en el tiempo y en el espacio contemporáneo, tras un largo período de providencialismo dominante en las relaciones humanas: la Edad Medieval. Otra tradición de pequeñas células sociales venía a suplir las pretensiones de aglutinación de la tradición greco-romana. La fragmentación de la impronta clásica pasaba a regir el mundo conocido. Pero no es el momento de detenerse en esta ruptura, aunque estas pinceladas hacen presentir el interés de semejante enfoque histórico de la Era Medieval. La atención, en cambio, se centra en la gran ruptura de tradición que suple al esquema disperso de lo medieval: lo moderno. Una nueva propuesta de aglutinación de las energías humanas, esta vez, caracterizada por considerar la ruptura como una forma privilegiada de cambio. Antes del período medieval, el mundo clásico también había privilegiado la ruptura (unilateral) de lo civilizado y lo bárbaro.

La Modernidad es una tradición polémica que desaloja a la tradición imperante (la anterior), pero la desaloja sólo para, inmediatamente, ceder el sitio a otra tradición que, a su vez, es otra manifestación momentánea de la actualidad. Lo moderno no se caracteriza únicamente por ser novedoso, sino también por su heterogeneidad. Se diría que está condenado a la pluralidad porque, no contento con subrayar las diferencias entre pasado y presente, afirma que ese pasado no es uno, sino plural (bárbaro, pagano, fragmentado). Ni lo moderno es la continuidad del pasado en el presente, ni el hoy es el hijo del ayer; son su ruptura y negación: cada vez que aparece funda su propia tradición.

Ahora bien, y esto es de particular interés para la confusión del tiempo presente, lo nuevo no es exactamente lo moderno: hay novedades que no son modernas. Sólo son admitidas, si se presentan como negación del pasado y afirmación de algo distinto. Ese algo ha cambiado de nombre y de forma en el curso de los dos

últimos siglos, pero siempre fue vinculado a lo ajeno, a lo extraño a la tradición reinante. Se trata de la heterogeneidad que irrumpe en el presente y varía su curso en una dirección inesperada. No sólo es lo diferente, también es lo que se opone a los gustos tradicionales. Seduce, no por nuevo, sino por distinto; y lo distinto es la negación que propicia el contraste de un antes y un ahora.

De esta forma, lo viejo de milenios puede acceder a la modernidad: basta que se presente como una negación de la tradición y que proponga otra. La pasión contradictoria lo rescita para la contemporaneidad. En el Arte y la Literatura de cualquier civilización, su aparición en los horizontes estéticos ha interrumpido una y otra vez las tradiciones contemporáneas. A tal punto, que la Historia del Arte moderno de *Occidente* puede ser considerada como la de las resurrecciones de las artes de muchas civilizaciones desaparecidas. Manifestaciones de la estética de la sorpresa y, sobre todo, encarnaciones momentáneas de la negación crítica: la tradición de la ruptura. Así, la tradición moderna borra las oposiciones entre lo antiguo y lo contemporáneo, entre lo distante y lo próximo. Pero el culto a lo nuevo (a la sorpresa) ante una nueva combinación de los elementos no logró nunca evitar el rasgo opuesto de la naturaleza humana: el de la conservación (y su culto). Tanto uno como otro aparecen con una regularidad en la Historia que, si no es cíclica, tampoco debe ser casual: hay épocas en que el ideal estético consiste en la imitación de los antiguos; hay otras en que el ideal es resaltar lo novedoso y/o lo sorprendente.

Buena parte del actual pensamiento intelectual tiende a asociar la Modernidad a la faceta conservadora (el Pos-modernismo es *cooler*), en función de una imagen de rigidez de todo lo que de nuevo y/o sorprendente aseguraba el signo moderno de aquellos tiempos: Razón, Estado, Nación, Ciencia... Claro que el tiempo presente es de marcada estética de la novedad y/o de la sorpresa y, probablemente, no sea sino una reverberación más de formas de pensamiento dispersivo. Si todo marcha según lo comentado, estará por venir la impronta de otro equilibrio entre ambas facetas humanas de la *inquietud* y de la *conservación*, que será percibido por intelectualidades futuras con similar sesgo conservador a como se percibe hoy lo relativo a la Modernidad.

La Modernidad, en línea con lo que se viene comentando sobre su orientación aglutinadora, es el precepto definitivo de los Estados nacionales y de las Democracias contemporáneas. En un sentido materialista (acorde con las prioridades de la forma dominante de vida actual), se trata de la agrupación de individuos para configurar un sistema productivo interior (producción y mercado) que se relacione con el resto de agrupaciones de individuos (agencias externas), estén o no organizados en la misma forma: colonialismo moderno, imperialismo, colonialismo interno...

Nadie debería pensar que los humanos que protagonizaron el diseño original de aquellos procesos históricos del lado más industrializado del mundo no cayeran en la dimensión de construcción psicológica de lo que estaba sucediendo: esa amnesia es posterior, y ni siquiera es la que se experimenta hoy. La Razón moderna se configura como una herramienta para fortalecer la posibilidad del nuevo criterio de organización social: el nacional moderno. Sin embargo, ninguna construcción psicológica escapa a la incesante dinámica humana de formular preguntas y buscar respuestas, así que no es conveniente arrebatar la capacidad intelectual a aquellas gentes, sólo porque poblaran antes que nosotros este Planeta y coincidieran en un tiempo de aglutinación –no de dispersión– de las energías humanas.

La perspectiva pragmática de la Modernidad

Toda ruptura de tradición supone un esencial origen y una reacción. La Modernidad fue siempre una pasión crítica y, por tanto, una doble negación; una suerte creadora de autodestrucción. Es decir, lo moderno no sólo se proyecta a partir de la convencional Era de la Crítica; también es el crítico de sí mismo. De ahí la ambigüedad de las relaciones que implica, casi siempre iniciadas por una adhesión entusiasta y seguidas por un brusco rompimiento.

La pasión crítica, en definitiva, desemboca en la mencionada dinámica incesante de formular preguntas y buscar respuestas. En su disputa con el racionalismo moderno, la crítica reflexiva y auto-reflexiva redescubren una tradición tan antigua como la humanidad: la visión sistémica de la realidad, transmitida desde la Antigüedad por el neoplatonismo renacentista y por las corrientes heréticas premodernas y modernas que atraviesan el s. XVIII (Ilustración y la Razón Crítica), penetran en el XIX (Liberalismo, Positivismo y demás sucedáneos) y llegan al tiempo presente, para redundar en la misma esperanza (fe) de ver el mundo como un sistema de correspondencias, tendente a la mayor objetividad posible, y que provea un acuerdo de convivencia. Pero la mente humana nunca ha sido fácil de educar: las contradicciones individuales y colectivas, inherentes a la especie, se muestran insalvables: *cuando teníamos las respuestas, cambiaron las preguntas*. La Era de la Razón fue una tentativa de superación de esas contradicciones, por lo que la intención –se debería reconocer– no era mala; a lo poco, era tan constructiva como la que hoy pretende romper con su tradición.

Pasión crítica, enamorada de sí misma y siempre en guerra consigo misma; no afirma nada permanente ni se funda en ningún principio: el cambio es su principio. Una crítica así no puede sino culminar en un amor pasional por la manifestación más pura e inmediata del cambio: el ahora; un presente único, distinto al resto. Una concepción del tiempo que, para complacer a los humanos del presente, suele negarse a los individuos premodernos. El tiempo antiguo

es visto como una regularidad, como un proceso en que las variaciones y las excepciones son realmente variaciones y excepciones de la regla (Por ejemplo, la *oscura* y premoderna Edad Media). Para lo moderno, el proceso es un tejido de irregularidades, porque la variación y la excepción son la regla.

Con probabilidad, nunca hubo tal concepto de Modernidad, pues la originalidad de cada instante –de cada siglo- es una forma generalmente inexplorada de vivir, dado que el rasgo conservador de la especie lo obstaculiza. Por ello, no es saludable inculpar a la Era de la Razón, a la Modernidad, de dicha *limitación* humana. El problema puede representarse en el hecho de que la crítica se considere una práctica pertinente –que no imprescindible- del estilo de vida actual y el discurso de lo *meta* (Metafísica, Metahistoria...) como un área de conocimiento prescindible (una asignatura optativa, en riesgo permanente de extinción), en tanto encierra la dificultad de la autocrítica.

En pos del aconsejable ejercicio de autocrítica, la dimensión de sistema cultural o de práctica comunicativa de la labor histórica (científica-social) –esta es, inserta en los códigos ideológicos y culturales de cada tiempo- es fundamental para contemplar el dinamismo de la Historia y presentar su evolución en relación con los procesos de la comunicación. La perspectiva pragmática viene abriendo desde hace décadas vías nuevas a la valoración histórica y dinámica de los productos culturales humanos. Y es que, al estudiar en términos pragmáticos la Historia, la construcción de sentido se convierte en un proceso históricamente determinado, cuyos modos, ritmos y modelos varían según el tiempo, los lugares y las comunidades; pero que permite localizar la activación de una innovación en el concepto cultural de *realidad* de una sociedad. Tales modificaciones de lo que puede llamarse *tradición local*, según la marca primitiva de la especie (la conservación o supervivencia), son siempre inciertas e incontrolables en potencia. Al respecto, todo indica que el elemento material (económico) difícilmente deja de gobernar, en última instancia, la lectura que un individuo o una agrupación de individuos hacen de un plano tan abstracto o superestructural del hecho humano.

Pero la utilidad de las CCSS se comprueba al indicar un desarrollo probable, esperanzador y con futuro: no hay particular mérito intelectual en señalar la marca primitiva de la especie humana o la irremediable dimensión psicológica de sus producciones. Lo interesante es elaborar un discurso histórico portador de las tendencias más estables y seculares de la práctica comunicativa. Se aboga porque la Historia, aun su condición irreversible, se alimenta de virtudes, debilidades y aspiraciones humanas, que permiten resaltar aquellas circunstancias históricas que sorprenden por un llamativo parecido con el presente. El propósito es distinguir contrastes y paralelismos que ayuden a reconocer problemáticas actuales y a diseñar soluciones potenciales.

Así pues, la perspectiva pragmática de la experiencia histórica es fundamental, pues se espera aprender de lo que ha pasado, para enfrentar lo que todavía no ha sucedido. Al final, es lo que siempre se intenta hacer: no tropezar en la misma piedra. Así de ambicioso, se da paso a la explicación histórica –adelanto sintético de mi Tesis doctoral- construida para calibrar la impronta del Modernismo en las Islas Canarias, a partir de la experiencia modernista de Luis Rodríguez Figueroa y de su revista *Castalia*.

La Modernidad de Luis Rodríguez Figueroa y de la revista *Castalia*

Luis Rodríguez Figueroa, en 1917 (al menos), había llegado al grado de reflexión que permite concluir que la verdad no existe; que la realidad es una construcción psicológica humana. Pero no se quedó ahí, y su avance en el asunto resulta de interés para la global, local y personal confusión del tiempo presente: su discurso permite deducir que activar un pensamiento positivo antes de una acción histórica plantea un problema a la configuración de la naturaleza humana, pues entre sus elementos de mayor influencia está *la desconfianza hacia el otro*. Sabía que la primitiva (tribal) marca del cazador/a que no quiere ser cazada/o ha prevalecido históricamente sobre cualquier construcción cultural que se haya podido diseñar, aunque ésta haya partido de un convencional ideal de progreso para la humanidad.

En cuanto a la inexistencia de una única verdad y sobre la psicológica agencia humana en la construcción de la realidad, se inicia el análisis con el poema “¿...?”,¹ cuyo ilegible título es de por sí una forma efectiva de representar el plano abstracto y/o subjetivo de las cosas; el de las incertidumbres, el de la ausencia de respuestas. El poeta se pregunta por “esos abismos, donde estamos solos con nosotros mismos”, para concluir que “no hay para el misterio augures ni sondas. Nadie sabe nada de cosas tan hondas”. Es consciente de que la Razón moderna tampoco ha podido asegurar una verdad universal.

Alumbrada la superación de ese estadio de la Modernidad, no debe considerarse a Luis Rodríguez Figueroa menos científico por disponer de una elegante solvencia para proponer una poética nueva de las cosas: la visión analítica y/o racional de la realidad es regular en su producción literaria, tanto en la prosa crítica como en la poética. Por ahora, señalar que el poema “¿...?” atiende a un desarrollo posible (una hipótesis) que coincidió –diecinueve años después- con el trágico fin de su vida: “Sentí a media noche profundos terrores... Pensé en las terribles manos criminales que en la sombra suelen clavar sus puñales... Raras inquietudes y presentimientos. De cosas fatales eran mis tormentos”.

¹ Luis Rodríguez Figueroa, *Castalia*, 9 de mayo 1917, núm. 17.

El poema “Símbolo”,² en consonancia, ilumina el mismo problema humano a la hora de elegir la opción positiva de pensamiento antes de la acción histórica (tener fe en la humanidad): “Y allí huelga mi vida [en su corazón], a la que inquieta muerde con ansia primitiva la sorda tentación”. No obstante, sabe que esa *sorda tentación* es parte constitutiva de la naturaleza humana, que proviene de las luces y de las sombras originales que hicieron “nuestra miseria y al par nuestra grandeza de dolor y placer”.

El corazón, identificado con el simbólico *jardinero de su jardín* (su vida: “y allí huelga mi vida”), “nos guía... con audaz inconsciencia” en un período histórico de crisis de la Modernidad (1917), “y apartando las ramas del árbol de la Ciencia, la divina manzana nos invita a comer”. Qué interesante resultan estos versos para fortalecer la hipótesis de la superación de un estadio fundamental de la Modernidad tardía; éste es, la conciencia de que la Razón tampoco puede asegurar una verdad indiscutible. Pero Luis Rodríguez Figueroa también sabía en 1917 que es un error considerar a ése como el último estadio: “Renovadoramente, bajo la fronda verde, siente el tumulto blando de una germinación, y al inquirir la clave que el enigma concuerde, del mito genesiaco brota tu aparición”.³

La nueva “germinación” es tratada en “Exégesis del viento”:⁴ “Estos días ha soplado bárbaramente el Viento, hinchando el seno del Atlántico... Tiene el Viento –así, con mayúscula, para hacerle todos los honores– una personalidad impersonal... Es el gran violador de las pacatas virtudes e ingenuidades de la Naturaleza”. Se trata de una regeneración de lo que venía siendo hasta ahora, y que asegura una etapa de incertidumbre, de ausencia de respuesta, puesto que “una avidez anárquica lo sugestiona y hace de él un epiléptico. Todo su espíritu es una acracia irreductible, inmensa, ilimitada...”

Luis Rodríguez Figueroa sabía que ese “ritornello demoledor”, proveniente de los “instintos del averno”, “vale por todas las fechorías juntas de aquellas terribles algaras de la Edad Media que arruinaban por luengos tiempos o generaciones enteras”. La ruptura de lo que venía siendo (de la tradición), personalizada en la impersonal figura del “Viento”, es algo que en la Historia se viene manifestando como una crónica necesidad de la humanidad, inevitable, pues “es como una

2 Luis Rodríguez Figueroa, *Castalia*, 30 Junio 1917, núm. 20.

3 El tiempo presente debe recordar la naturaleza esencialmente provisional y contingente de las representaciones históricas, y que son susceptibles de revisión infinita a la luz de una nueva evidencia o de una conceptualización más sofisticada de los problemas: ¿Sabía Francis Fukuyama que tras escribir *El fin de la historia y el último hombre* (1992) iba a tener que esforzarse para realizar una cierta recomposición de lo que había *roto* en *La construcción del Estado: hacia un nuevo orden mundial en el siglo XXI* (2004)? El norteamericano ofreció una innovadora combinación de elementos analíticos y narrativos, y logró encumbrarse como uno de los más influyentes pensadores de la década de los noventa. Pero ahora, en el siglo XXI, toca “inquirir la clave que el [nuevo] enigma concuerde”.

4 Guillón Barrús, *Castalia*, 23 enero 1917, núm. 3.

manifestación de cólera del alma de la Creación". La potencia intelectual de este hombre llega incluso a señalar históricos casos de ruptura de tradición, diversos en tiempo, espacio y en disciplina. En suma, referentes de la histórica globalidad de la Modernidad:

El viento es a la Naturaleza lo que Byron a la vida; lo que Shakespeare a la pasión dramática; lo que Víctor Hugo a la lírica; lo que Danton a la palabra; lo que Buonarroti a la sensibilidad plástica; lo que Napoleón a la soberanía de los pueblos; lo que Bismarck a la política; lo que Wagner a la música...: un tirano en el éxtasis de su tiranía. El Viento, como todos estos desequilibrados colosos del mundo consciente, representativos de un dominio genial en la trayectoria de sus respectivas orientaciones, es una súper energía inconsciente del Cosmos. Para el orden material es lo que cada uno de los nombres citados para el orden moral...

Luis Rodríguez Figueroa, en 1917, vivía en un mundo de "mansedumbre anterior" que, a razón de "una súper energía inconsciente del Cosmos", experimentaba otro histórico estado *repentino* de conciencia; "como un espíritu que hubiese pasado de la inocencia augusta a la penetración del sentido de las inmerecidas torturas". Una vez más, se corría el riesgo de que el *corazón jardinero*, "apartando las ramas del árbol de la Ciencia [de la Razón]", guiase "con audaz inconciencia" los destinos de la humanidad:

Tal en la misteriosa vastedad de la psicología humana: el fenómeno sorprendente y transmutativo de las inesperadas tiranías o de las violencias inmotivadas, por obra del que se quebrantan las más apacibles y quietas voluntades, crea la vorágine de los corazones, hasta que el borbotón amenazante rompe en el imperativo de una sublevación incontenible.

Y en ese punto de la evolución histórica, "nuestra curiosidad poética se empeña entonces en descubrir la personalidad apocalíptica del Viento". Pero el poeta indica que esa capacidad de análisis de la realidad, presente en la configuración natural de todos los seres humanos (seres racionales), no guarda -sin embargo- intención común ni calidad equilibrada en los mismos: "El genio es una potencia arbitraria de la Humanidad; el Viento es el genio arbitrario del espacio, o en otros términos, una hipérbole meteorológica".

Todos tenemos algo que decir. Todos queremos captar la atención. Todos queremos ser aceptados. Pero, en el instante previo a la acción histórica, prevalece la marca primitiva del cazador/a que no quiere ser cazada/o, que ha impedido históricamente una intención común y equilibrada: "en su escuela de anarquía tal vez hayamos aprendido por ley de los contrarios, a ser cautos y ordenados". Y es que más vale no hablar de la "personalidad apocalíptica del viento", porque

carece de entidad visible, definida, contorneada por líneas tangibles como las de la Tierra, o ideales como las del Agua y el Fuego, sus hermanos. De los elementos cósmicos es el único que no tiene un domicilio fijo, un territorio o zona patrimonial, a estilo de la luz, por ejemplo, que tiene al sol por foco generatriz.

Inadaptable a las limitaciones geométricas, sólo admite su esencia absoluta el anchuroso y elástico contacto de la metáfora... La abstracta individualidad del Viento, es audaz, formidable, perversa, dislocada.

Ciertamente, Luis Rodríguez Figueroa alumbró una zona oscura de la naturaleza humana, que aconseja “llevar siempre en la memoria, grabado como una emblema, este anejir en prosa. Su viva y perdurable enseñanza puede aleccionarnos en todos los momentos con la virtualidad de una filosofía experimental”. Así todo, su corazón *jardinero* no se resignó a que las sombras eclipsasen las luces de su *jardín* (de su vida):

Pero sin embargo, que no todo sea reconcomios contra el Viento. Ruin, malvado, pérfido, llámese cierzo, ábrego, austro, bóreas o aquilón, cuádrale algunas veces hacerse mensajero y entonces transporta la simiente de la vida. Cabe, pues, bendecirlo por esa única generosidad de su natural atrabiliario.

De este decidido optimismo vital, brota la memoria de una figura de extraordinarios rasgos humanos. Está convencido de la histórica necesidad cíclica del “Viento”, pese a llevar consigo un profundo estado de desconcierto personal y colectivo, local y global, que asegura un período de anárquica reflexión, a la busca de un reordenamiento que –en cualquier modo– “transporta la simiente de la vida”:

Será preciso desarrollar todo el vasto problema de las apariencias, para luego constituir por síntesis una conciencia ética, experimental y externa, valga la audacia del concepto, que liberte al ciudadano menesteroso y desamparado, pero pacífico y celoso de su honradez, de las vejaciones de la impericia...

Dejando atrás la incertidumbre de “¿...?”, pasando por la binaria naturaleza humana de “Símbolo” y habiendo desentrañado metafóricamente la histórica impronta del “Viento”, Luis Rodríguez Figueroa hace explícita su crítica social en “Ante un caso”.⁵ Al empezar a leer que, “conducidos por la guardia civil, quedaron a disposición del Juzgado instructor de la Orotava tres infelices”, porque “la denuncia de un sacerdote hizo que la guardia civil los atrapara”, se activa la habitual generalización del tiempo regeneracionista español, crítico con “las relaciones sociales que el sistema caciquil impone”. Un enfoque historiográfico, tendente a uniformar el mosaico cultural hispanohablante, que se congratula, porque –al fin– el poeta habla de una *realidad objetiva* asequible: “Eran unos obreros del muelle de Santa Cruz, sin trabajo, víctimas del paro actual, que desde allá llegaron hasta aquí en un éxodo brutal de miseria y de hambre. Han pedido trabajo y no lo han encontrado...”

⁵ Guillón Barrús, *Castalia*, 29 enero 1917, núm. 4.

Pero esta vertiente del discurso contemporáneo ha sido suficientemente alimentada por la Historiografía predominante. Es evidente que el discernimiento crítico lleva al autor a acometer un análisis del organismo social vigente, productor de un corpus ideológico/cultural propiciatorio de unas relaciones sociales determinadas. En 1917, Luis Rodríguez Figueroa se sabe de memoria la caracterización de su sociedad: “no son estos [los tres infelices] quienes dan origen a la exterioridad que engendra el recelo de las clases directoras. La culpa es de éstas, y el sentido común, que es una derivación de la lógica, nos dice que el efecto no puede ser de peor condición que la causa”.⁶

Mas el portuense conoce que la relación entre la estructura (el “sistema caciquil”) y el individuo y los individuos es dialéctica, y no sólo de arriba hacia abajo. Vive en una sociedad donde predomina un concepto estético, por tanto, no obligatoriamente ético, de lógica. Abogado y todo, sabe que “ni es moral ni es humano detener a nadie y conducirlo preso, por mera sospecha, siquiera ello se haga preventivamente”. Pero también es consciente de que “para la colectividad social será una cosa lógica y necesaria” y que “la sociedad, al partir de las apariencias para imponer sus sanciones, tiene la obligación de ser lógica” (visión pragmática de la Historia).

No obstante, el optimismo vital y la fe en la faceta positiva del humanizado “Viento” permiten al escritor insistir en que “no debe abatirnos tan desconsoladora y al parecer tan irremediable condición del organismo social. ¡Nada de eso! El pensamiento y la conciencia tienen más altas prerrogativas y el espíritu de rebeldía entraña siempre un principio de progreso y de evolución...”:

Nuestro egoísmo, generador a veces de ese fenómeno de superficialidad o de indiferencia completa frente a las complicaciones del destino de nuestros semejantes, al par que activamente es el elemento conservador por excelencia del equilibrio social, pasivamente es su más indisculpable y anárquico demoleedor. Algo así como un Jano incomprensible, paradójico y peligroso, integrando esta viciosa complejidad moral del ser humano.

El rasgo clasista de las labores intelectuales suele ser esgrimido por hijos de los tiempos democráticos actuales, para desmerecer el pasado letrado de Canarias. Pero, cuando el “Viento” sopla, visto lo visto en la Historia, no parecen valer análisis demasiado simplistas de la realidad. Luis Rodríguez Figueroa, “hombre feliz en lo que cabe, producto de esta sociedad que hipócritamente hemos convenido llamar de los “buenos principios”; por suerte para Canarias y para el conjunto de la humanidad, lo sabía:

⁶ “De la casi general inhibición de los de arriba respecto de los grandes problemas éticos que afectan al desenvolvimiento de los de abajo, proviene el desequilibrio –innegable, aunque esté escrito aquello de la igualdad ante la Ley- en la serena, imparcial y perspicaz administración de la justicia, a la que sin duda han pintado ciega porque nunca ha visto bien las realidades de la vida”.

Si bastan una levita y un sombrero de copa para cubrir, como suele decirse, todas las apariencias, no bastan, en cambio, para acallar el grito de la dignidad y de conciencia... Hay que penetrar más profundamente, para resolverlos, en estos conflictos dolorosos de la vida y el espíritu; porque también la gente del pueblo tiene su corazoncito.

Pero resulta más sencillo arrebatar al *subjetivo Poeta* el rasgo científico social de su poesía, y así asegurar una dudosa –pero asequible– pluralidad del conocimiento.⁷ El problema es que Luis Rodríguez Figueroa no era un poeta cualquiera, pues su conocimiento era de por sí plural, interdisciplinar...:

La farsa de los humanos –¡Cuándo nos arrancará una mano justiciera y poderosa este atributo de humanidad que tan indignamente ostentamos!– presidida por el egoísmo, hace en casos tales sus arrumacos a la conciencia inquisitiva, le pone sordina y como para que se inhíba definitivamente, la adornece con este eufemismo: la Ley ha debido sufrir alguna violación. Sin embargo, no nos acordamos de que la Ley es hembra y que también ha podido cometer alguna infidelidad.⁸

Hombre del Pasado, vive en el Presente y mira al Futuro

En efecto, *vasto se presenta el problema de las apariencias*: “es frecuente, en el orden de nuestra vida mental, el procedimiento de la superficialidad. Ni se inquiere ni se penetra en el contenido de aquella la fuerza y la intensidad del pensamiento generador”. Así de consonante al anterior bloque de contenidos, se introduce un nuevo artículo del protagonista: “En torno de una mentalidad. Don Miguel Maffiotte la Roche”:⁹

...la indiferencia o el despego –quizá la estulticia irreverente– suelen, entre nosotros, dejar en la penumbra, ya que no en completa oscuridad, a quienes con toda justicia debemos mantener en zona de expedita claridad. Sustancialmente es esto lo que ha ocurrido con don Miguel Maffiotte y La Roche. Toda su labor mental, consistente y difusa a la vez, permanece casi olvidada en el país... una estimable inteligencia dentro del perímetro reducido de las letras insulares.

⁷ “Entre los artífices de la revista [Castalia] destacaron principalmente dos voces que podríamos definir como regeneracionistas: Luis Rodríguez Figueroa y Luis Doreste... Rodríguez Figueroa y Doreste representan dos formas diferentes de plasmar la realidad isleña y de definir los objetivos que defienden: el primero, a través de la poesía (íntima y sentimental en ocasiones) realiza una crítica al sistema caciquil y a las relaciones sociales que éste impone...” Mientras que el segundo –argumenta el historiador–, “escribe artículos” que plantean “una crítica razonada sobre el aspecto que centra su interés”, y a continuación, “confecciona propuestas que puedan mejorar la situación de tal aspecto”. En Rodríguez Figueroa, Luis: *Del regionalismo a la revolución*. Edición y estudio preliminar de Carlos Aguiar García. Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife, 2008, pp. 40-41.

Luis Rodríguez Figueroa había superado, al menos en 1917, el modelo explicativo materialista que atribuye la agencia histórica total de las “relaciones sociales” al plano material e ideológico de un “sistema caciquil” que –en definitiva– ya se sabía que era una construcción psicológica y dialéctica (quizá Doreste no lo sabía). A esas alturas de la vida, y en tal período de la Historia Contemporánea, Figueroa sabía que el asunto es más complejo: “nadie sabe nada de cosas tan hondas”.

⁸ Evitense análisis simplistas del discurso y actívense opciones positivas de interpretación: tanto el hombre como la mujer (humanas/os) están facultados para cometer infidelidades, deslealtades... La Ley (construcción psicológica) no asegura la Verdad, porque ésta no existe en dimensión única.

⁹ Guillón Barrús, *Castalia*, 14 febrero 1917, núm. 6.

Luis Rodríguez Figueroa sabía en 1917 que Miguel Maffiotte la Roche (1848-1917) era un modelo literario imprescindible para el aprovechamiento óptimo de la Modernidad y de las contemporáneas corrientes más emancipadoras del pensamiento. El homenaje no es, pues, baladí. De la tercera generación en las Islas de una familia de origen francés (época revolucionaria), Maffiotte la Roche fue miembro del destacado conjunto de científicos positivistas canarios de la segunda mitad del siglo XIX.¹⁰ No en vano, su padre (Pedro Maffiotte Arocha) se carteara con uno de los popes contemporáneos de la Ciencia universal (el otro era Darwin), Charles Lyell.

Tales detalles permiten deducir el grado de Modernidad que pudo rodear a la familia, pero también el que pudiera irradiar una figura como la de Miguel Maffiotte. En el modo más limitado, quizá pueda ser visto como uno de los modos personales de la desesperanza frente a la sociedad que le tocó vivir. Sin embargo, la irónica gracia característica de ese *posible modo personal de desesperanza*, más atenta a una concepción global de lo humano y no tan fragmentada como la que habitualmente se concede a los modernistas, no claudicó de sí misma ni de la ciencia. Visto lo visto en la Historia, el individuo y las agrupaciones de individuos no deberían pasar por alto la cercanía de personalidades que sepan hacer uso de la Literatura y de la Ciencia como disciplinas aliadas, no enfrentadas, de conocimiento. Así deja constancia Barrús:¹¹

Sustancialmente es esto lo que ha ocurrido con don Miguel Maffiotte y La Roche. Toda su labor mental, consistente y difusa a la vez, permanece casi olvidada en el país... una estimable inteligencia dentro del perímetro reducido de las letras insulares. ¡Ni que estuviéramos repletos de todas las disciplinas y deslumbrados por la atracción de más altas figuras autóctonas, para tratar con tanta veleidad a quien tanto caudal de estudio e investigación aportara al acervo de las letras canarias!

Se aprecia la gravedad con que Rodríguez Figueroa lamenta el desmemorie que se produce “Viento” tras “Viento”. Fácilmente pueda verse como una reclamación de sentimiento y/o de conciencia nacional, que dé protección a los recursos estratégicos (al caso, intelectuales) en semejante “perímetro reducido”. No obstante, llama la atención otro matiz interesante de Modernidad: manifiesta admiración y demanda una reorientación en la memoria colectiva por una figura con la que no declara una coincidencia fundamental:

¹⁰ “Todo el movimiento intelectual de aquella época debe a su pluma concienzuda inestimables aportaciones... [en el tiempo] de tantos otros que desentumecieron el espíritu y la inteligencia de otra generación...”

¹¹ “Era un polígrafo. Escribió de literatura, de historia, de geografía, de mecánica, de geología, de paleontología, de agricultura, de política; y en todo con una competencia y una erudición notables. Sobre conocimientos gramaticales quizás no le haya aventajado nadie entre nosotros, a excepción del versadísimo presbítero don Ireneo González... Leyendo sus trabajos en diarios y publicaciones de hace treinta y cinco o cuarenta años, se tiene la impresión de un pensamiento ávido, escrutador y tenaz...”

Don Miguel Maffiotte y La Roche, hombre que vivía más dentro que fuera de sí mismo, tenía una mentalidad analítica, cuasi anatómica, exenta de floreos y de movimientos declamatorios, y sin duda por esto no logró adeptos ni ha engendrado “post-mortem”, efusiones del compañerismo entre los de su generación... No nos ha parecido, sea por esta o por otra causa de nosotros ignorada, que a un silencio de bochornosos efectos para la cultura isleña debemos asociar nuestra complicidad...

Y esto mismo era don Miguel [“lógica y naturalidad”]: un hombre que había aprendido muchas, muchísimas cosas, y que las decía o escribía sin pizca de retórica, con una naturalidad rayana algunas veces, a nuestro juicio, en el desgaire.

Miguel Maffiotte no era necesariamente “pauta” para nuestro protagonista, pero una motivación superior de trascendencia colectiva (“la cultura isleña”) impulsaba su pluma, aunque fuera sólo para “fijar en la atención pública los rasgos generales y característicos de su personalidad en nuestras letras”:

Cuando examinamos la labor de un escritor y además establecemos todas las relaciones posibles que nos sugiere la misma, prescindimos de toda inclinación propia y determinada; hacemos lo que el fiel contraste con el metal sometido a la piedra de toque: comprobar si es o no de buena ley, sin prejuicio alguno ni otro estímulo que el de la indagación del valor intrínseco de la cosa. Y así nos ocurre con don Miguel Maffiotte al escudriñar su profusa y heterogénea producción, que en revistas y periódicos anda desperdigada...

Rodríguez Figueroa activaba, por tanto, una opción positiva de interpretación, en detrimento de la habitual prioridad a los elementos políticos de las cosas; “y por desgracia casi siempre la política de los aventureros, de los jugadores de ventaja del parlamento”, como dijera “Clarín”...; [Es “aquella atención” que tiene] el privilegio de ocupar o absorber las derivaciones de la opinión”. Por lo argumentado, el descontento del artículo se centra -“Viento” tras “Viento”, ruptura de tradición tras ruptura de tradición- en la crónica tendencia del entorno contemporáneo a la amnesia:

Nos irritan esas atonías borreguiles, y nos parece una desconsideración cerril y censurable la de quienes han estado y están, más que nosotros, en el caso de ofrecer a la memoria de don Miguel Maffiotte un desinteresado y justo homenaje para fijar la supervivencia de su nombre en el espíritu de nuestro pueblo. Hijos de otra generación, mentalmente conformados en otros moldes, nos hallamos a leguas de distancia, literariamente, de aquel ilustre escritor isleño: pero es tal nuestra probidad en el pensar y el sentir, que consideramos un deber ineludible el de señalar esas inhibiciones impremeditadas o conscientes de los coetáneos del muerto, que aún viven, frente a la complejidad honorable de los talentos del mismo mientras actuara en este mundo.

¿Tan poco puede en ellos el recuerdo de las moceriles fraternidades y de las expansivas emulaciones nacidas en pasados tiempos bajo la divina fiebre de la colaboración y producción simultáneas? ¿O es que la medida del desinterés, de la nobleza, de la sinceridad, de la comprensión y del patriotismo constructivo (en estos tiempos lo hay de diferente índole) han venido a vincularse en los que, al empezar, hemos sido tildados de irrespetuosos y “modernistas” por los que, juzgándose guardadores del tabernáculo, no han tenido ahora una decorosa oración fúnebre para el cofrade desaparecido?

Para nosotros no existe el sectarismo en nada ni por nadie... ¡Quién sabe! Bajo su férula ancestral y repulsiva, quizás haya cegado la fuente del entusiasmo, del recuerdo, del afecto y de los lazos de solidaridad de los primeros tiempos.¹²

“Tildados de irrespetuosos y “modernistas” por dar homenaje a quien (conciente o inconcientemente) “trazaba a los demás la pauta para moldear la personalidad propia”; sacaba lo mejor del yo personal y colectivo a su alrededor:

Nada nos servirá mejor para dar a conocer el temperamento de don Miguel Maffiotte como estas líneas de él en la citada “Ilustración de Canarias”: “aprenda el tierno infante a hablar, y luego aprenda “muchas cosas”, y cuando las sepa bien, si se dedica con especialidad a alguna, diga lo que sepa acerca de ella [que hable de su especialidad, aunque sea] de la manera que los sepa. Estudie toda la retórica que quiera, para saber lo que la retórica, y eso tendrá adelantado; pero advierta que no es retórica lo que más ha menester, sino lógica y naturalidad.

De acuerdo con *Guillón Barrús*, “ocuparnos de la producción literaria completa de don Miguel Maffiotte sería obra de tiempo y de más espacio que el de estas columnas. Nuestro propósito es sólo fijar en la atención pública los rasgos generales y característicos de su personalidad en nuestras letras”. Y la prioridad de incorporar a esta figura a la enciclopedia ideológico/cultural de Canarias y del Mundo queda sintetizada en la novela *Firmo y Cierro* (1899), que es una de las novelas más sorprendentes de las imaginadas en el período modernista. El lenguaje de la ciencia suele tener problemas para distraerse con el humor, pero Miguel Maffiotte la Roche encontró en esta novela una vía para su caudal de ironía humorística.

Tras la secularización de la perspectiva de la Historia de la humanidad que supuso la impronta científica de Lyell y Darwin, y a una edad presunta de madurez (¿proporcional a la de Rodríguez Figueroa en 1917?), para Miguel Maffiotte, las Ciencias y las Artes han dejado de ser entretenimiento de aficionados, que roban “nociones de aquí y de allí y de más allá” y hacen “con ellas un potaje, que ni el diablo se come”.¹³ Una nota de resignada aceptación que no escapó al ojo de Figueroa: “Por no caer, quizás, en imitaciones, llegaba a estos extremos”. Sin embargo, la equidistancia moderna del portuense permitíanle reconocer los talentos de aquel otro genio:¹⁴

12 Es importante el deslinde de generaciones del texto: Miguel Maffiotte aparece asociado a una serie de nombres anteriores, situados “a leguas de distancia, literariamente”, en el tiempo de “tantos otros que desentumecieron el espíritu y la inteligencia de otra generación”. Hoy se sabe que cada generación tiene sus propias limitaciones a la hora de fijar una imagen crítica e historiográfica de su tiempo; y el Modernismo no fue una excepción.

13 Maffiotte La Roche, Miguel (1899): *Firmo y Cierro*. Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife, 2005, p. 39.

14 Si el “genio” es una “potencia arbitraria de la humanidad”, es pertinente indicar que *Firmo y Cierro* son miembros de una tertulia denominada “El Areópago”, en la que se reúnen los areopagitas, que son pretendidos graduados en una ignorancia tipificada con los títulos de *zánganos*, *zangandungos*, *sabiondo*, *farol*, *mequetrefe* y *escalones* o *trepadores*. La novela empieza dedicando un capítulo de presentación, alguno de dos líneas, de cada uno de estos personajes genéricos.

Hemos oído a muchas personas hablar despectivamente de “Firmo y Cierro”, único libro de don Miguel Maffiotte, si no estamos mal informados... Sus páginas... ofrecen en verdad un extraño modelo de literatura... pero apenas dejamos repesar en nosotros mismos el desconcierto aparente que emerge de los capítulos de dicho libro, nos asombrará la suma, el cúmulo de conocimientos que ellos contienen y que de un modo cinematográfico se entrecruzan y desfilan por nuestro entendimiento... es un libro más para la curiosidad del investigador que para el deleite del espíritu. Lo que no quiere decir que estén en razón los que lo disputan retadamente inabordable.

La Modernidad de estas figuras era tal, que eran incapaces de disimular el relativismo irónico, hoy día atribuido a las vanguardias posmodernas (o como quieran llamar a las dislocaciones del tiempo presente). Este relativismo, clave narrativa de *Firmo y Cierro* (ningún personaje refleja una forma de ser ideal), manifiesta desde entonces conciencia de que el buen conocimiento de una Ciencia o de un Arte –tras la innovadora era científica de Lyell y Darwin (patrón nuevo de cultura)- no es ni puede ser una cultura de perfeccionismo definitivo.¹⁵ Así pues, las habituales apreciaciones sobre los retóricos individualismos e idealismos del Modernismo insular quizá encuentren acomodo en la lírica (depende de la visión pragmática del lírico y del estudioso), pero la novela es un género que responde a una mayor complejidad.¹⁶ El narrador de *Firmo y Cierro* ha dejado de ser omnisciente y utiliza –además- el recurso técnico de la *stream of consciousness* (corriente de la conciencia), que supone una técnica insólita hasta el *Ulysses* de James Joyce (1922) e implica el virtual ejercicio contrastivo de ideas ante un tema común: en *Firmo y Cierro*, facilita al autor el paso de una ciencia a otra (de un conocimiento a otro) y desvelar así, no sólo su riqueza intelectual, sino –sobretodo- su opción de afrontar la realidad mediante la interdisciplina. Miguel Maffiotte era –y Rodríguez Figueroa lo sabía- un canario moderno, que es más *Hijo del Limó* que de la predominante petrificación cómica de la Historia: “Supuesto que no queréis olvidar, dice Lerroux, no queréis cambiar, porque el cambio implica el olvido. Y pues no queréis cambiar, tampoco queréis vivir, porque vivir es cambiar. ¿Por qué no os detuvisteis en los infantiles años?”¹⁷

Como *Guillón Barrús* sugiere, los personajes de *Firmo y Cierro* no evitaron ser vistos como metáforas de figuras coetáneas, con el riesgo de hablar de personalidades y procesos, cuyas relaciones sociales eran vigentes, visibles y/o previsibles.¹⁸

15 “Y desperté rodeado de aristarcos, los cuales me prometían que no habían de dejar de mi libro letra sana. En vano les decía que si me hubiera parado a corregirlo, no lo habría acabado en toda mi vida; que demasiado conocía sus faltas y sus sobras; que se podía saber gramática y retórica, y equivocarse; que había tratado las ciencias muy someramente, para no incurrir en pedantería, y escogido los términos más vulgares, porque de aquí a unos cuantos años serán vulgarísimos los que hoy son revesados, y que por faltarme ya la vista y la paciencia, no podía responder ni de las erratas” (Maffiotte, op. cit., p. 299).

16 Luis Rodríguez Figueroa destaca el estilo “siempre inafectivo, pero seguro, fuerte, sustancioso” de Maffiotte, respecto de cualquier consideración meramente esteticista de su modernismo: “es un libro más para la curiosidad del investigador que para el deleite del espíritu”.

17 Maffiotte, op. cit., pp. 129-130.

18 “Y cuento que no aludo a nadie. Firmo y Cierro son creaciones de mi espíritu. Lo mismo digo de cierta garu-

Algo tendrá que ver el hecho de que todavía no se haya realizado un estudio preciso sobre Miguel Maffiotte la Roche y que la novela *Firmo y Cierro* esperara de 1899 a 2005 para ser reeditada:¹⁹ sigue tocando que “hijos de otra generación, mentalmente conformados en otros moldes... consideramos un deber ineludible el de señalar esas inhibiciones impremeditadas o conscientes de los coetáneos del muerto”:

Si alguna vez se revisan los valores intelectuales de entonces, habrá que señalar sin ambages la personalidad de don Miguel Maffiotte como una de las que con más imborrables timbre y más consolidada reputación merezcan pasar a la posteridad. Porque a pesar de su exterioridad literaria desprovista de toda ondulación y gallardía, ninguno como él removió tanto las fuentes de conocimiento humano ni con mayor honradez de pensamiento dijo las cosas que le preocupaban el intelecto.

llada, que campea en esta obra. Quien por sus pecados juzgue lo contrario, ha de tener paciencia mientras voy por las pistolas” (Encabezado de la novela).

19 En el centenario del nacimiento de Miguel Maffiotte (1948), Sebastián Padrón Acosta escribió “Firmo y Cierro es acaso el libro canario más original del siglo XIX” (*Retablo Canario del Siglo XIX*, Aula de Cultura de Tenerife, Santa Cruz de Tenerife, 1968, p. 47). Vincula la obra a la Generación del 98 y, en particular, a la novela *Niebla*, sin decir que Unamuno la escribió en 1907 ni que fue publicada en 1914. De otra parte, utiliza el artículo de *Castalia*, eso sí, sin identificar a su autor, que también esperó casi un siglo a la reedición de publicaciones y a la mención normalizada de su nombre: dar por bueno lo primero (reafirmación de la españolidad en un período de gravedad histórica), sin considerar anomalías del tipo segundo, es una actitud dominante en la historiografía local: “Adviértese en Firmo y Cierro la influencia de los clásicos españoles, principalmente Cervantes... Pero de Cervantes no heredó Maffiotte el espíritu cristiano, que está ausente en Firmo y Cierro, siendo grande lástima que esta prosa ágil, sobria, rebosante de humorismo y de gracia purísima se macule con algunos conceptos heréticos, como la negación del pecado original, y con frases irrespetuosas a figuras del catolicismo, lo que revela su absoluto desconocimiento de las ciencias eclesíásticas y su afán enciclopedista. A despecho de su ironía, lleva en sí don Miguel Maffiotte una secreta angustia. Es que el hombre necesita de la fe sobrenatural para poder vivir con serenidad y gallardía” (p. 47).

A diferencia del grave tiempo de Padrón Acosta, la Modernidad del siglo de Lyell y Darwin quizá esperaba no necesitar de criterios teológicos católicos para organizar la vida social. Lo que sí parece claro es que el escritor de *Firmo y Cierro* no hubiera perdonado al clérigo haberle llamado “enciclopedista”, como si fuera un vulgar areopagita.